LA SOMBRA QUE AULLÓ SOBRE EL MUNDO

- Una historia de los archivos de MonteUmbra -

Juan Setien del Valle

LA SOMBRA QUE AULLÓ SOBRE EL MUNDO

-Una historia de los archivos de MonteUmbra -

Juan Setien del Valle

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
© Juan Setien del Valle, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:9791388449246
THEMA: FH -FJ -FH -DQ -YFH -
Depósito Legal: M-21486-2026

DEDICATORIA:

Al posar el papel sobre mis pensamientos son siempre vuestros gestos los que copio, los que resurgen como un leviatán implacable para el que no sirve subyugarle y que creyendo que lo cabalgo es él quien me sacude de un extremo a otro, aparecéis en la opaca transparencia de mi mundo y secretamente, sin percibirlo, copio vuestros contornos cuando con mi tinta perfilo las notas que colgarán de mis partituras. Después de leer lo que escribo descubro que es el reflejo vuestro que contiene el espejo de mis palabras. A vosotros siempre, Ioana y Leonardo.

Aquella mañana se gobernaba por el imponente cetro de una claridad translúcida como si hubiera fumigado el vidrio del cielo con su aliento húmedo destellante y erradicado sus musgos de sombras de un vil zarpazo, como un brusco aspaviento, empujando esas nubes bulbosas que se suspendían amenazantes la noche anterior dibujadas con un pincel preñado de brumas enmarañadas, de ovillos revueltos que haraganeaban perezosos, nubes que flotaban como el indefenso polen sobre el éter y que se hubieran absorbido hacia las ciegas entrañas, más allá de la vista. El paisaje silvestre, esa madeja primaveral de un verde destellante, las lianas de naturaleza salvaje que envolvían la luz como un nudo que se trenza en el regalo del mundo, eructaba su aliento cálido emanando como una explosión de arborescencia, como si reptase un manto de hierba fresca y brillante sobre el mundo o como si de súbito el bosque inescrutable saltase de su letargo e, insomne, cabalgara ahora invencible, una semilla feraz que reverdecía con la espuma de sus destellos alfombrando la tierra, la lava que sedimentaba su lengua perfilando un Edén preadánico, sin la corrupción ni la depravación. Todo parecía

renacer. El martillo de la pretérita y trasnochada tormenta modeló de nuevo el mundo con una forma inédita y virginal y extendió la alfombra de primaveras. Desde que estaba con Juan había adoptado su manera de descifrar el mundo. Se me venía de golpe y en bruto, como si me asaltara en un abordaje y no lo racionalizaba, dejaba que las emociones desfilaran asociadas a aquella experiencia visual o sensitiva. Estaba alerta. Toda yo estaba alerta. Me crecían embudos en la piel, en los dedos, la profundidad cavernosa de mi oído flexibilizaba sus músculos internos como una red holgada que permitía el rebote curioso y los ruidos saltaban en cabriolas interminables reverberando inagotables. Todo se intensificaba como si dentro de mí hubiera un amplificador. Juan me había enseñado a usar los sentidos como una catapulta que precipita las sensaciones —o, tal vez, enseñar era algo que implicaba una deliberación y fue más inconsciente, como un proceso de osmosis, un contagio, al estar junto a él, a su lado, como si de su piel pudiera pasarse a mi piel— y, aunque fuera un daño terrible, a admirar las cosas con estupor y perplejidad, a no racionalizar, sino a rendirme obediente a su rueda dentada. Hasta entonces, cuando mi historia se desembarazaba de Juan o cuando yo estaba fuera de Juan, de su presencia magnética, antes de que existiese una historia conjunta, pues ambos desconocíamos la existencia el uno del otro y el otro del uno, la especulación y el discernimiento eran mi credo irrenunciable, mis dogmáticos axiomas de los que

se derivaban todas mis verdades. Mis fantasías inconfesables eran solo algo reprochable que contradecía la coherencia de mi lógica. Sin embargo, la aparición insobornable de Juan, su imponente aparición descollando y atrayendo todas tus miradas, su figura casi mística, ese halo indescriptible, confundió mis certezas. Él fue un poeta. El pasado que me asalta en el lenguaje, un tiempo pretérito y remoto, no le aísla o le destierra o le excavaba una tumba retirado en un camposanto con el musgo reptando por su lápida. No le convierte en un exiliado de la vida. Apenas las fuerzas le flaquean, a pesar de orillar los cuarenta años y una drusa flota en su ojo derecho enceguecendo un punto brumoso, como si encapsulara un líquido retiniano y por ese punto parecería que se hubiese sumergido, bajo un fluido turbio, una ampolla de un líquido espurio que retenía la iridiscencia de la luz y, en cambio, no translucía, pero era periférico su defecto y apenas influía en su visión o su visión, si no guiñaba o se tapaba un ojo, consciente o indeliberadamente, no se veía afectada, y era, además, vivaz y proceloso, animoso, de esos pusilánimes hipocondriacos que a fuerza de regurgitar sus miedos se revisaba reiteradamente y con esmero anticipando cualquier quiebro de salud, cualquier corrosión que le fuera debilitando o socavando. Uso el pasado no porque dejase de ser poeta o se desentendiera de la creación y del lenguaje o se escurriera por un sumidero su talento o su creatividad madurase hasta el punto de secarse y volverse enjuta y amojamada. No se

deja de ser poeta, poeta se vive o, al menos, es lo que he aprendido de Juan o así lo declara con convicción sincera, sino que uso el pasado porque enfoca un tiempo que ya fue ido o que se escurrió, una coyuntura temporal, algo que queda atrás, a las espaldas de su vida, de nuestra vida. Sí, poeta es una manera de tragarse a borbotones el mundo, una modulación exagerada de los nimios detalles que desentona con grandilocuencia lo que se asume como ridículo y humilde, la aspereza inapreciable de la piel más virgen y pulida, un despertar del letargo inconsciente que se acomoda en el interior de las palabras, un continuo desvelamiento, el batir invisible, el sonajero roto que gime dentro de las palabras. Ahora era un poeta íntimo, soterrado, personal y maldito, arrinconado en un pueblo inhóspito en una aldea que circunda el norte de MonteUmbra, enclavado entre los valles salpicados de la espuma de tejos y secuoyas que se arraciman desperdigados en irregulares montones en el pliegue de la ladera, no junto al litoral cántabro, sino internándose en la frondosidad de los valles pasiegos, esas planicies alfombradas de un verde húmedo que escupe un relente intemporal y sempiterno que hacía brillar su fresca lozanía. Sus versos antaño copaban las estanterías de las más glamurosas librerías de ciudad y de las afueras, de la periferia, en los perdidos pueblos y en pobres aldeas. Era un reclamo allá donde no llegaba ni tan siquiera la publicidad, donde su nombre era un acto de fe, por el boca a boca de los que pernoctaban en pueblos aislados e

incomunicados o que se encaminaban de paso y paraban a cargar el depósito de sus coches o a comprobar la presión del neumático de sus bicicletas, allí donde las ondas apenas llegaban apantalladas por el azote del aire y la orografía imposible, en los vaciados escorzos de la agreste geografía peninsular donde la naturaleza había ejercido su implacable asedio en una insurrección contra la sombra de los vivos y se había apoderado, tras la ausencia prolongada ya demasiado tiempo, puesto que los herederos desoyeron la responsabilidad hacia su legado o, simplemente, se decantaron por mirar hacia otra parte conscientes de lo envenenado de una herencia que les extendía la venda de unos grilletes irrompibles y que les sumiría en la mazmorra de sus antepasados tan lejos del mundanal ruido de la urbe populosa y su atractiva pirotécnica de entretenimientos que le hacía un nudo al pensamiento crítico, a los aullidos de sus entrañas agonizando, enfrentados así a diario contra los demonios de su silencio y su insobornable autoexamen de conciencia, de los espacios que fueron habitados hace ya mucho tiempo y que los idos, los cadáveres roídos por los días inclementes, bajo sus fosas, se habían reducido a polvo y a cenizas y se rendían sin quejas ni protestas, su hiedra reptaba y el musgo se adhería a las piedras de los muros. Los excursionistas llevaban alguno de los poemarios de Juan para tenderse sobre una roca escudriñando con alguna lágrima al pasivo horizonte de espliego allá donde la cúpula del mundo tendía los brazos de su fanal

hundiendo sus raíces en las entrañas del mundo y al atardecer mustio se compadecían de las penas que se apresaban en los versos heridos entonándolos con una voz rota. Muchos otros representaban con voz afectada los soliloquios de sus dramas, que se habían hecho justamente famosos. Lo cierto es que se solicitaban sus volúmenes antes de ser impresos, incluso en los lugares más recónditos donde era una intuición o había una creencia en que su ingenio, siempre encinta, pariría otro vástago interesante y polémico. Era asiduo de charlas y conferencias y su perspicacia, aguda y reversible, y su apostura accesible y maleable a los intereses de la audiencia le granjeaba el aplauso inevitable. Sabía entonarse con dos preguntas y rebajar las suspicacias y se ganaba pronto a la audiencia, como si en su dicción torpe y balbuciente, casi pedregosa, se contuviera en su interior un flirteo inconsciente, como esos dardos que te sacuden ahincándote el aguijón sin prever que su filo va sucio de un narcótico veneno. Pero ahora sus versos descansaban bajo escarcha, bajo el rocío perenne que anestesia amortajando y pocos son los que se atreven a profanar su silencio. Los párvulos que los recitaban en clase corrieron las cremalleras de sus labios, la arrogancia cultural extirpando quirúrgicamente la adoración cultual por un patrimonio de nuestra lengua arrojó sobre su nombre un escupitajo de tinta opaca. Simplemente, le forzaron al destierro. Así le fueron olvidando, como si le hubieran señalado como un apóstata incurable adicto a una fe

pagana e insidiosa, un blasfemo hereje en una inquisición para la que no tuvo defensa, expuesto solo y triste ante un tribunal sediento y voraz que reclamaba un chivo expiatorio para paliar sus culpas. Se naturalizó que recitarle era salmodiar al mal. Era convocar a las entrañas del daño y el látigo del sufrimiento, fustigando con sus crueles flagelos, atraía el infierno a los ojos, era una perversión. Era un perversor. Se le concedió el infausto honor con el que la polis griega condecoró a Sócrates. Fue un apestado, un culpable irreparable. Las señoritas que lo leían se sentían siempre conmovidas al identificarse con sus tristezas. Su poesía no se leía. Se padecía. «Escribo desde el daño», sentenciaba, o al menos es lo que pude rescatar furtivamente de unos recortes periodísticos en los que se le entrevistaba en un texto a doble columna donde irradiaba en el centro una foto que despedía desabrido su natural magnetismo. «¿Quién comparte el bien o la felicidad? ¿La dicha? Es más común el mal o las decepciones», decía. Por eso hincaba allí su daga y desde allí escribía, desde los padecimientos, los retortijones de su conciencia, desde la duda, siempre insatisfecha, esa pasiva erosión que con el ácido de su aliento ahondaba más profundo su daño igual que una perforadora inmisericorde y antipática, desde la impotencia de la vejez, las ganas desganadas que van acusando la pendiente cuesta arriba de la inercia cuando ya regresa al vacío y al inmovilismo, los Lázaros irredentos que se hicieron los sordos para no escuchar la voz de los

milagros, la fatigada sed, la renuencia a los sobresaltos, la imposición de los muros. Escribía desde el daño más democrático, la tristeza más populosa. Escribía desde el error que se adentra en un laberinto sin fondo, que te traga por su túnel ensimismado hacia los fosos de la vida.

Los periódicos, como si fueran un obituario macabro o una esquela negligente que no contrastaba su verdad, exhibiendo un bosquejo fantasmal e increíble, un responso ante los despojos de carne y heces que se presuponían tendidos en el interior de algún ficticio ataúd, desvanecida la fe y el alma, datados en un preciso 25 de julio del verano en que se inauguró la primera pandemia moderna que arrestó bajo un confinamiento opresivo y sin precedentes a la humanidad y barrió a los seres a una forzada intimidad de grilletes preñada de espinas y de úlceras psicológicas, excluidos adentro del silencio pavoroso que chillaba depresiones y delirios y desmoronaba el plomo de las ruinas de un cielo sobre ellos que los enterraba abúlico, desposeídos de vida y de voluntad. Se recoge así sin miramientos y casi a vuela pluma, como algo inane, sin importancia, su desaparición en extrañas circunstancias, como si hubiera sucumbido o hubiera sido víctima del polen de la pandemia que germinara en su fecundidad el florecimiento del luto postero y silenciando su voz, cosiéndole las hebras sepulcrales de la muerte en los labios marchitos e, inmediatamente después todo, lo que había escrito caducó y fue arrojado

al olvido. El mundo no volvió a escuchar su nombre. Nunca más. Nadie se preguntó por qué, adónde fue o si murió tal vez. A veces sus versos asomaban a las mentes distraídas como una canción de la infancia, como si hubiera despertado un recuerdo antiguo que se hubiese grabado con las estocadas del fuego en las entrañas recónditas del alma. Así el mundo se privó de un genio. No podían entenderlo. No soportaban no entenderlo y prefirieron evitarlo primero y olvidarlo después. Solo el talento no se perdona.

Recostándome así en el alféizar de la ventana, la espalda reclinada sobre la fría piedra desnuda recortada entre la irregular y áspera argamasa de la jamba, asomé la mirada retirando con dos tímidos dedos el visillo y penetró a bocajarro la visión pavorosa. Peregrinó aquella sublime bacanal orgiástica de la naturaleza embrutecida como si fueran golpes que me noqueaban o me arrebataban el sentido, como breves y profundas cuchilladas. Fue igual que la explosión de un verdor aprisionando el relente que no amaina y que te cegaba seduciéndote con su sinfonía irresistible. Era como un volcán que te vomitaba irrefrenable su lava hermosa, que te sepultaba, a la que no querías renunciar, como una droga de la que piensas huir, pero deseas tanto rendirte que acaba venciendo la astucia de tus instintos. Su sublime visión, lejos de apaciguarte, te arrollaba, te apretaba un bronco puño de piedra enrabietada contra la forma de tu pecho, asfixiándote, constriñéndote un poco más tras liberar

una leve bocanada de aire. Dolía mirar. Dolía en los ojos. Dolía en el cuerpo. Dolía en el alma. Jamás alcanzarías aquella belleza irracional, ese desbordamiento natural de la afrodisiaca cascada en bruto que rompía envuelta en la violenta niebla que salpicaba el fragor ensordecedor. Hasta el silencio gritaba. Mirando desde aquella ventana, como una espectadora insensible, pronto se deshelaba tu pasmo, destejías los muros de tus murallas y se ablandaba tu dureza espuria, esa insobornable lejanía que te imponías entre tú y el mundo. Para protegerte. Para hundirte más y más hondo en tu resignación y tu apatía.

—Yo no sucumbía a las exquisiteces del deseo. Más bien era un deseo frugal, un comer por resistir, pero no había exuberancia—.

Seguí mirando a través de la ventana, de pie ahora e inclinada contra el cristal apoyando las manos abiertas contra el marco de madera que contenía el paisaje indescriptible de afuera, ensimismada, absorta en mi perplejidad matutina, queriendo atravesar con todos mis sentidos aquel cristal acorazado que me arrinconaba en una mazmorra siniestra, deseando que el mundo de afuera me envolviera, que ese mundo ajeno me contuviera y me amamantara, una sensación inefable e irrepetible, pero que cada mañana volvía puntual a repetirse, a revelarse inaudita de nuevo, aunque fuera siempre la misma. Mirar hacia afuera era como pelar una cebolla. Cada mañana pelaba una hoja. No dejaba de ver la misma

cebolla, pero en verdad ya no era la misma. Igual que el paisaje dejaba de ser el mismo desde el mismo instante en que lo miraba.

Aquella mañana inaugural, tras la liturgia ceremonial del bautismo de esa lluvia sigilosa que acosó con pies callados, resurgiendo inédito el mundo tras el diluvio nocturno, yo me sentía incómoda o desorientada a causa del inevitable vaivén hipnótico que me producía la ajedrezada falda plisada, de una textura vaporosa y aborrascada, que se elevaba como volutas de humo, que me había ceñido prieta en mi cintura abrochando con un nudo un sofisticado cinturón de cuerdas trenzadas que terminaban en una madeja que colgaba graciosamente, un ovillo de lastre de nailon. Me fascinaba aquella falda, pero a fuerza de enfrentarme a su evidencia retratada en el fondo del espejo, al lado de la ventana por la que desfilaba el paisaje neurótico y evocador, terminaba aquejándome una fatiga visual debido a la bronca intensidad de su fuego enmascarado, el contraste cegador entre sombras opacas y una claridad despejada que distorsionaba las líneas. A veces el deslumbramiento hacía indiferenciados los recuadros con los que se bordaba la falda y deformaba las líneas rectas del marco en una larga y continua línea curva u oscilante que se agusanaba. De hecho, si fijaba intensamente los ojos en mi reflejo, casi podía intuir que la falda tuviese vida y se moviese. Era una percepción engañosa de movimiento. Puede que reflejara mi inquietud habitual. Tal vez eso le sumara atractivo.

Arriba, entre mi rostro y mis caderas, una camisa etérea flotaba blandamente sobre mi cuerpo, desabotonada y exhibiendo la curva de mi cuello y el incipiente inicio de mis redondeados pechos. Si observabas con atención, en su desceñida holgura, colgando las solapas del cuello de la camisa, cuando me arrellanaba concentrada y ausente en la butaca de mi despacho y deslizaba exhausta mi mano por las colinas de mi largo cuello, distraída y ensimismada en mis pensamientos, asomaban desde su desahogada amplitud como dos dientes que despuntaban de las encías mis sonrosados y lozanos pezones. Si me hubiera visto, seguro que compulsivamente cruzaría los brazos sobre el pecho para tratar de ocultarlo, mojigata, en un arrebato de pudor. De hecho, la vez que se me descubrió mi inconsciente insinuación al visualizarme casualmente en el azogue de un espejo que copia exactos mis gestos en una cena de postín regada de la flor y nata de MonteUmbra una oleada de fuego extendió su roja invasión sobre mi imperturbable blancura, sobre la nieve de mis gestos, presa de cierta humillación vergonzante. El rubor avanzó hasta conquistar cada rincón de mi piel y adueñarse de mí y aquella vez no supe actuar, abducida por un rapto, sonriendo tontamente a cualquier comentario, sin despegar los brazos de mí como si fueran un harapo más, una capa, una escama que adherir a mí y poder de ese modo esconderme, cubrir mi desnudez destapada, mi ingenua frivolidad. Pero no sé si la inconsciencia o mi natural carácter olvidadizo, tras